

guas de tierra alfombradas de verdura y defendidas de las olas solamente por una linea de peñascos y arrecifes cubiertos casi todos de ruinas antiguas. Mas lejos, colinas de arena roja como la de los desiertos de Egipto, avanzan como un cabo y sirven de reconocimiento á los marinos; en la cúspide de ese cabo, se ven las anchas copas en forma de quitasol de un bosque de pinos de Italia, y la vista, deslizándose entre sus troncos diseminados, va á descansar en las laderas de otra cordillera del Líbano, y hasta en el promontorio avanzado en que estaba fundada la ciudad de Tiro (hoy Sour.)

Quando me volvia hácia el lado opuesto al mar, veía los altos minarets de las mezquitas, como columnas aisladas, alzarse en el aire azul y ondeante de la mañana; las fortalezas morunas que dominan la ciudad y cuyos muros rajados dan raiz á un bosque de plantas rastreras, de higueras silvestres y de alelies; luego los almenages ovalados de las murallas; luego las cimas iguales de los campos plantados de moreras; aquí y allí los techos horizontales y las paredes blancas de las quintas ó de las cabañas de los ganaderos sirios; y en fin, mas allá, las combadas praderas de las colinas de Berut, bases todas de pintorescos edificios, de conventos griegos, de conventos maronitas, de mezquitas tur-

cas, y alfombradas de follage y de espacios cultivados como las mas fértiles colinas de Grenoble ó de Chambéry. Por fondo de todo esto, siempre el Líbano; el Líbano que toma mil curvas, que se agrupa en gigantescas moles, que derrama sus grandes sombras ó hace relumbrar sus altas nieves sobre todas las escenas de aquel horizonte.

.....

La misma fecha.

He pasado el dia entero recorriendo las cercanías de Berut, y buscando un sitio de reposo para establecer en él una casa.

He alquilado cinco casas que forman un grupo y que reuniré por medio de escaleras de madera, galerías y pasadizos. Aquí cada casa no se compone mas que de una cueva que sirve de cocina, y de una pieza en donde duerme toda la familia, por numerosa que sea: en un clima como este, la verdadera casa es el tejado construido en forma de azotea: allí es donde las mugeres y los niños pasan el dia y muchas veces la noche. Delante de las casas, entre los troncos de algunas moreras ó de algunos olivos, el Arabe construye un fogon con tres piedras, y allí es

donde su muger le hace la comida : se tiende una estera sobre un palo que va desde la tapia de la casa hasta las ramas del arbol, y debajo de aquel sotechado se evacuan todos los quehaceres. Las mugeres casadas y las muchachas están allí todo el dia sentadas en el suelo, ocupadas en peinar sus largos cabellos, en trenzarlos, en lavar sus velos, tejer sus sedas, dar de comer á sus gallinas, ó jugar y departir unas con otras, como en nuestros lugares del mediodia, los domingos por la mañana, se reunen las muchachas en las puertas de las cabañas.

.....

La misma fecha, por la tarde.

Todo el dia se ha empleado en descargar el bergantin y en llevar de la ciudad á nuestra casa de campo los bagages de nuestra caravana. Cada uno de nosotros tendrá su cuarto : un ancho campo de moreras y de naranjos se estiende al rededor de las cinco casas reunidas, y ofrece á cada uno algunos pies de terreno para pasear delante de la puerta, y un poco de sombra para respirar. He comprado esteras de Egipto y alfombras de Damasco, para que nos siryan de camas y de divanes. He hallado carpinteros árabes muy

activos y diligentes que ya han puesto manos á la obra para hacernos puertas y ventanas, y esta noche iremos ya á dormir en nuestra nueva habitacion.

.....

8 de setiembre 1852.

Nada mas delicioso que la mañana que sigue á la primera noche que hemos pasado en nuestra casa. Nos hemos hecho llevar el almuerzo á la mas ancha de nuestras azoteas, y hemos reconocido con la vista todas las cercanías.

La casa está á diez minutos de la ciudad, y se llega á ella por senderos sombreados de inmensos aloes que dejan pender sus espinosos higos sobre la cabeza de los transeuntes : se siguen algunos arcos antiguos, y una inmensa torre cuadrada, construida por el emir de los Drusos, Farkardin, torre que sirve hoy de atalaya á algunos centinelas del ejército de Ibrahim-Bajá, que desde allí observan toda la campiña ; luego se pasa entre los troncos de las moreras, y se llega á un grupo de casas bajas escondidas entre los árboles y flanqueadas por un bosque de limoneros y de naranjas. Esas casas son irregulares, y la de en medio se alza como una torre cuadrada sobre las

demas. Los tejados de todas esas casillas comunican por medio de algunas gradas de madera, y forman así un conjunto bastante cómodo para huéspedes que acaban de pasar tantos dias en el entrepuente de un buque mercante.

A unos cien pasos de nosotros, el mar avanza en el continente, y visto desde aquí, por cima de las verdes copas de los limoneros y de los aloes, parece un hermoso lago interior ó un ancho rio del que no se ve mas que un pedazo. Algunas barcas árabes están ancladas en él y se balancean blandamente sobre sus insensibles ondulaciones. Si subimos á la azotea superior, ese hermoso lago se convierte en un inmenso golfo, cerrado, á un lado, por el castillo moruno de Berut, y á otro, por las inmensas y sombrías paredes de la cordillera de montes que corre hácia Trípoli : pero en frente de nosotros, el horizonte se estiende mas, empieza por correr sobre una llanura de tierras admirablemente cultivadas, salpicadas de árboles que cubren enteramente el suelo y de casas semejantes á la nuestra, que elevan sus tejados como otras tantas velas blancas sobre un océano de verdura ; luego se estrecha entre una larga y graciosa colina, en cuya cima un convento griego ostenta sus paredes blancas y sus cúpulas azules ; algunas copas de pinos quitasoles estienden sus ramas, un poco mas ar-

riba hasta sobre las mismas cúpulas del convento. La colina descende por escalones sostenidos con tapias de piedra, y en que se ven bosques de olivos y de moreras : el mar va á bañar los últimos escalones : luego se separa, y una segunda llanura mas distante se comba y se abre para dejar pasar un rio que serpentea mucho tiempo entre bosques de verdes encinas, y va á lanzarse en el golfo que sus aguas amarillean hácia las márgenes. Esta llanura no remata sino en las doradas faldas de las montañas. Estas montañas no se elevan de un solo golpe : empiezan por enormes collados semejantes á inmensos peñones, unos redondos, otros cuadrados ; un poco de vegetacion cubre sus cimas, y cada una de ellas sostiene ó un monasterio ó una aldea, que refleja el resplandor del sol y atrae las miradas. Las laderas de los collados relucen como oro ; son unas paredes de arcilla amarillenta, rajadas por los terremotos, y cada partícula de las cuales refleja y vibra la luz. Encima de esos primeros collados, las gradas del Líbano se ensanchan, á tal punto que hay mesetas de una ó dos leguas, — desiguales, partidas, surcadas de barrancas, de profundos cauces de torrentes, de negras gargantas en que se pierde la vista. Despues de esas mesetas, empiezan á alzarse casi perpendicularmente las altas montañas ; sin embargo se ven

las manchas negras de los cedros y de los pinos que lás cubren, y algunos conventos inaccesibles, algunos lugares desconocidos que parecen inclinados sobre sus derrumbaderos. En la cumbre mas aguda de esa segunda cordillera, multitud de árboles, que parecen gigantes, forman como una cabellera rala sobre una frente calva. Desde aquí se distinguen sus desiguales y dentadas copas que parecen almenas sobre lo alto de una ciudadela.

Detras de esas segundas cordilleras se alza en fin el verdadero Líbano : no se puede distinguir si sus vertientes son rápidas ó suaves, si están peladas ó cubiertas de vegetacion : la distancia es demasiado grande. Sus vertientes se confunden, en la transparencia del aire, con el aire mismo, del que parece que forman parte; no se ve mas que la reverberacion ambiente de la luz del sol, que las rodea, y sus crestas inflamadas que se confunden con las nubes purpúrinas de la mañana y que flotan como islas inaccesibles en las olas del firmamento.

Si nuestras miradas bajan de ese sublime horizonte de las montañas, no hallan por do quiera donde posarse como no sea sobre magestuosas gavillas de palmeras plantadas aquí y allá en la campiña junto á las casas de los Arabes, sobre las verdes ondulaciones de las copas de los pinos

Laryx, sembrados como ramilletes de verdura por el llano ó en las vertientes de las colinas, sobre los setos de nópalos ó de otros frutales cuyas pesadas hojas caen como decoraciones de piedra sobre las tapias bajas que sostienen los terrados. Esas mismas tapias están á tal punto entapizadas de líquenes en flor, de hiedras, de parrizas, de plantas bulbosas esmaltadas de flores de todos matices, de racimos de todas formas que no se pueden distinguir las piedras con que están labradas; — son unas verdaderas paredes de verdura y de flores.

En fin, junto á nosotros, dos ó tres casas semejantes á las nuestras, y medio cubiertas por las copas de naranjos en flor y llenos de fruto, nos ofrecen esas escenas animadas y pintorescas que son la vida de todo paisage. Varios Arabes sentados sobre esteras fuman en los tejados de las casas; algunas mugeres se asoman á las ventanas para vernos, y se esconden cuando notan que las miramos. Debajo de nuestra misma azotea, dos familias árabes, padres, hermanos, mugeres y niños, comen á la sombra de un pequeño plátano en el dintel de sus casas, y á pocos pasos mas allá, debajo de otro arbol, dos jóvenes sirias, de incomparable hermosura, se están vistiendo á la vista de todos y cubren su cabello de flores blancas y coloradas : una de ellas tiene el

pelo tan largo y tan espeso que la cubre enteramente, como las ramas de un sauce lloron cubren todo el tronco; solo se ven, cuando sacude aquella ondeante melena, su hermosa frente y sus ojos radiantes de inocente contento que penetran un instante aquel velo natural. Parece que goza de ver nuestra admiracion; le echo un puñado de *gharis*, moneditas de oro con que las mugeres sirias se hacen collares y braceletes ensartándolas con un cabo de seda: — junta las manos y las pone sobre su cabeza para darme gracias, y entra en la estancia baja para enseñárselas á su madre y á su hermana.



42 de setiembre 1852.

Habib-Bárbara, Griego sirio, establecido en Berut y vecino nuestro, nos sirve de dragoman, es decir de intérprete. Agregado como tal hace veinte años á los diferentes consulados de Francia, habla el francés y el italiano, y es además uno de los hombres mas amables é inteligentes que he encontrado en mis viages: sin su asistencia y la de M. Jorelle hubieramos tenido mil dificultades para completar nuestro establecimiento en Siria: uno y otro nos proporcionan cria-

dos, unos griegos y otros árabes: — compro primeramente seis caballos árabes de segunda raza, y los instalo, como hacen las gentes del pais, al sol, en un prado delante de la puerta, sujetas las piernas con una argolla de hierro y atados á una estaca clavada en el suelo. Hago levantar una tienda junto á los caballos para los *sais* ó palafreneros árabes. Estos hombres parecen buenos é inteligentes; por lo que hace á los caballos, á los dos dias nos conocen y nos siguen como perros. Habib-Bárbara nos presenta á su muger y á su hija, á quien va á casar dentro de pocos dias: nos convida á la boda, y curiosos de observar una boda siria, aceptamos, y Julia prepara sus regalos para la novia. Yo le regalo un relojito de oro de que he traído provision para casos de esta especie, y ella añade á mi agasajo una cadenita de perlas. Montamos á caballo para reconocer las cercanías de Berut: madama Jorelle lleva un soberbio potro árabe, con arreos de terciopelo azul chapado de plata; — pretal de bollos del mismo metal labrado que ondean formando guirnaldas y resuenan sobre el pecho del bizarro bruto. M. Jorelle me vende uno de sus caballos para mi muger; mando hacer sillas y frenos árabes para catorce caballos.

A cosa de media legua de la ciudad, por la parte del levante, el emir Fakardin ha plantado

un bosque de pinos quitasoles en un prado arenoso, que se extiende entre el mar y la llanura de Bagdad, lindo pueblecillo árabe situado al pie del Líbano; se dice que el emir plantó ese magnífico bosque para oponer una barrera á la invasión de las inmensas colinas de arena roja que se alzan un poco mas lejos y amenazaban sepultar á Berut, y todos sus ricos plantíos. El bosque es verdaderamente soberbio; los troncos de los árboles tienen sesenta y ochenta pies de altura, y extienden de uno á otro sus anchas copas inmóviles que cubren de sombra un espacio inmenso; mil senderos de arena se deslizan entre los troncos de los pinos y ofrecen un piso suavísimo á las pisadas de los caballos. Lo restante del terreno está cubierto de una ligera alfombra de cespéd sembrado de florecillas de un color rojo brillantísimo; las cebollas de flor de jacintos silvestres son tan gordas, que no se aplastan bajo las herraduras de los caballos. Por entre las columnatas de esos troncos de pinos, se ven á un lado los blancos y rojizos mogotes de arena que ocultan el mar, al otro la llanura de Bagdad y el curso del rio en esa llanura, y una punta del golfo, semejante á un pequeño lago, tan bien ceñido está por el horizonte de las tierras, y las doce ó quince aldeas árabes sembradas en las últimas faldas del Líbano, y en fin los gru-

pos del Líbano, que forman el último término de esta escena. La luz es tan trasparente y el aire tan puro que se distinguen, á muchas leguas de elevacion, las formas de los cedros ó de los algorrobos sobre las montañas, ó las grandes águilas que nadan, sin mover las alas, en el océano del eter. Este bosque de pinos es sin duda el punto mas magnífico que he visto en mi vida. El cielo, las montañas, las nieves: el horizonte azul del mar, el rojo y fúnebre horizonte del desierto de arena; las serpeantes líneas del rio; las copas aisladas de los cipreses; los racimos de las palmeras esparcidas por las campiñas; el gracioso aspecto de las cabañas cubiertas de naranjos y de vides cuyas ramas y cuyos vástagos caen sobre los tejados; el aspecto severo de los altos monasterios maronitas formando grandes manchas de sombra ó anchos rios de luz en las cinceladas laderas del Líbano; las caravanas de camellos cargados de géneros de Damasco que pasan silenciosamente entre los árboles; los grupos de pobres judíos montados en burros, que llevan dos chicos en cada brazo; las mugeres embozadas en velos blancos, á caballo, andando al son del pífano y del tamboril, rodeadas de una multitud de chiquillos vestidos de ropas coloradas bordadas de oro, y que van bailando delante de sus caballos; algunos ginetes árabes corriendo el

dgerid: al rededor de nosotros en ligeros caballos cuyas crines barren literalmente la arena; varios grupos de Turcos sentados delante de un café de enramada y fumando sus pipas ó haciendo oracion; un poco mas lejos las desiertas colinas de arena sin fin que se tiñen de oro á los rayos del sol de la tarde, y donde el viento levanta nubes de polvo inflamado; enfin, el sordo bramido del mar que se mezcla al armónico son del viento en las copas de los pinos y al canto de millares de pájaros desconocidos: — todo esto ofrece á la vista y al pensamiento la mezcla mas sublime, mas dulce y mas melancólica juntamente que jamas ha embriagado mi alma. Iré con frecuencia á ese bosque. —



16 de setiembre 1832.

Hemos pasado todos estos dias en el placer del conocimiento general que teniamos que adquirir de los hombres, de las costumbres, de los sitios, y en los entretenidos pormenores de un establecimiento en el seno de un pais enteramente nuevo. Nuestras cinco casas se han convertido, con la asistencia de nuestros amigos y de los menes-

¹ Juego parecido al de *correr cañas*. — N. del T.

trales árabes, en una especie de *villa* italiana, como las que tan deliciosamente hemos habitado en las montañas de Luca ó en las costas de Lior-na, en otros tiempos. Cada uno de nosotros tiene su cuarto, y una sala, precedida de un terrado lleno de flores, es el centro de reunion. En él hemos hecho poner divanes, y colocar en estantes nuestra biblioteca del buque; mi muger y Julia han pintado al fresco las paredes, han colocado, sobre una mesa de cedro, sus libros, sus bastidores, sus almohadillas, y todas esas chucherías de señora que adornan, en Londres y en París, los veladores de marmol y de cahoba; allí nos reunimos en las horas ardientes del dia, porque por la tarde nuestro salon es la azotea, y en ella recibimos las visitas de todos los Europeos á quienes el comercio con Damasco, cuya escala es Berut, fija en este hermoso pais. El gobernador egipcio, por Ibrahim-Bajá, ha venido á ofrecernos con una cortesía y una cordialidad mas que europeas, su proteccion y sus servicios para nuestra residencia en el campo, y para los viages que queramos emprender. Hoy le he tenido á comer; es persona que no haria un papel desairado en ninguna reunion de hombres. Antiguo soldado del bajá de Egipto, tiene á su amo y sobre todo á Ibrahim, aquel amor absoluto, aquella ciega confianza en su fortuna que re-